

A continuación encontrarás una muestra del libro
«La batalla de cada hombre» de los autores Stephen
Arterburn, Fred Stoeker, Mike Yorkey.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/la-batalla-de-cada-hombre>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



Edición revisada y actualizada del vigésimo aniversario

La batalla de cada hombre

**Ganar la guerra contra la tentación sexual,
una victoria a la vez**

INCLUYE UN CUADERNO DE EJERCICIOS

Stephen Arterburn
Fred Stoeker

con **Mike Yorkey**



Contenido

Una carta para las esposas de Brenda Stoeker	xiii
Introducción a la edición actualizada y revisada	xv

Primera parte: Dónde nos encontramos

1	Nuestras historias	2
2	Pagar el precio	8
3	¿Adicción? ¿O algo más?	16

Segunda parte: Cómo llegamos aquí

4	Mezcla de normas	32
5	¿Obediencia o simple excelencia?	44
6	Solo por ser varón	59
7	Elige la verdadera hombría	74

Tercera parte: Elige la victoria

8	El momento de la decisión	84
9	Tu primer plan de batalla: Ganar es el objetivo	92
10	Tu segundo plan de batalla: La rendición de cuentas y un grupo de hermanos	107

Cuarta parte: La victoria con tus ojos

11	Aparta la vista	120
12	Mata de hambre a tus ojos	135
13	Tu espada y tu escudo	144

Quinta parte: La victoria con tu mente

- | | | |
|-----------|---------------------------|------------|
| 14 | Tu mente de potro salvaje | 152 |
| 15 | Cerca de tu corral | 167 |
| 16 | Dentro de tu corral | 175 |

Sexta parte: La victoria en tu corazón

- | | | |
|-----------|---|------------|
| 17 | Aprecia a tu única e incomparable persona | 186 |
| 18 | Lleva el honor | 199 |

Séptima parte: Restauren juntos su sexualidad

- | | | |
|-----------|--------------------------|------------|
| 19 | Rompe la mala sexualidad | 208 |
| 20 | De aquí a la intimidad | 217 |

Cuaderno de ejercicios

- | | | |
|----------|--|------------|
| | Preguntas que quizá tengas sobre este cuaderno de ejercicios | 234 |
| 1 | Dónde nos encontramos | 237 |
| 2 | Cómo llegamos aquí (Parte A) | 243 |
| 3 | Cómo llegamos aquí (Parte B) | 253 |
| 4 | Elige la victoria | 260 |
| 5 | La victoria con tus ojos | 271 |
| 6 | La victoria con tu mente | 280 |
| 7 | La victoria en tu corazón | 288 |
| 8 | Restauren juntos su sexualidad | 294 |

Una carta para las esposas de Brenda Stoeker

Aunque *La batalla de cada hombre* está dirigido ante todo a los hombres casados, recomendamos de manera encarecida que todas las esposas y novias formales lo lean también.

Este libro les permite a las mujeres comprender mejor a qué se enfrentan los hombres cuando luchan contra el antiguo problema de los ojos, ya que, por naturaleza, las mujeres no son tan visuales en su sexualidad y, por lo tanto, no entienden esta batalla masculina por experiencia propia. Eso es importante, pues lo cierto es que la sexualidad masculina puede ser inquietante, incluso chocante, para las mujeres.

Esta gran diferencia en la conexión sexual entre hombres y mujeres suele confundir a las esposas. Por ejemplo, una vez escribí lo siguiente en respuesta a una encuesta que me hizo Fred sobre el tema:

No quiero parecer cruel, pero debido a que las mujeres casi nunca experimentan este problema del pecado sexual de la misma manera que los hombres, puede parecernos que los hombres son unos pervertidos descontrolados que no piensan en nada más que en el sexo.

Palabras fuertes, pero directamente del corazón de esta mujer. Así de escandalosas pueden parecernos estas diferencias como esposas, y cuando se trata del pecado sexual de un esposo, estas diferencias en la conexión crean un tira y afloja natural en el corazón de una esposa entre la compasión y la repugnancia por su situación, así como una lucha entre la misericordia y el juicio.

¿Qué debe hacer una esposa? Debido a estas diferencias, creo firmemente que nada es más importante que educarse sobre la sexualidad masculina. La masculinidad es importante, por lo que las mujeres debemos entenderla. La masculinidad no es tóxica ni pervertida;

solo es diferente. Y si queremos dejar de tirar piedras y pasar a construir relaciones sexuales que agraden a Dios, debemos leer y aprender, escuchar y dar. Tu esposo te necesita sexualmente y, como su esposa, eres la única respuesta de Dios a esa necesidad.

Seré la primera en admitir que no siempre tuve la actitud adecuada hacia mi esposo sobre este asunto. En nuestros primeros años de matrimonio, la sexualidad de Fred me causaba una gran impresión, en especial por su orientación visual y su necesidad habitual de expresarse. ¡La sexualidad masculina me parecía bastante superficial y casi extraña! Sin embargo, pronto descubrí que no es superficial en realidad; solo es diferente. Y dada la evidente lucha que tienen los hombres con la pureza sexual cuando no tienen sexo, empecé a entender por qué Dios me decía: «Tu cuerpo no es tuyo» (lee 1 Corintios 7:4). Aprendí que el sexo no solo es vital para la pureza de Fred, sino también para su intimidad emocional conmigo.

¡Eso no quiere decir que un esposo deba tener relaciones sexuales en cualquier momento y cada vez que lo desee! Estoy diciendo que la pureza sexual de un esposo no solo es la batalla de cada hombre, sino la batalla *de cada pareja*.

En esta versión actualizada, Steve y Fred abordan los desarrollos más recientes del comportamiento sexual masculino, en particular el preocupante desinterés de algunos esposos por la intimidad sexual con sus esposas. Lo lamentable es que esta realidad desconcertante a menudo está relacionada con la pornografía cada vez más vulgar e intensa, que puede causar la muy divulgada disfunción eréctil (DE). Por supuesto, la disfunción eréctil de un esposo puede tener una causa física para la cual se requiere la intervención de un médico, pero la disfunción eréctil también puede ser el destructivo resultado de la reconexión del cerebro. Estos temas se analizan en esta edición de *La batalla de cada hombre*, y se ofrecen algunas ideas sobre cómo recuperar la adecuada intimidad física en el matrimonio.

Te insto a que abras tu corazón a las palabras que siguen. Aprovecha el momento... por ti mismo, por tu matrimonio y por tu familia.

Introducción a la edición actualizada y revisada

De Steve Arterburn

Cuando el editor me llamó por primera vez en 1999 y acepté leer el manuscrito de Fred Stoeker, inesperadamente me encontré con un mensaje que impactaría al mundo cristiano de manera sorprendente.

La enseñanza de Fred era diferente. No avergonzaba al lector ni minimizaba el problema. Y lo mejor de todo es que presentaba un camino práctico y fácil de entender hacia la victoria sobre una plaga común que infecta el carácter de los hombres cristianos en todas partes. Estaba convencido de que *La batalla de cada hombre* sería capaz de transformar más matrimonios de maneras más profundas que cualquier otro libro sobre el matrimonio en el que pudiera pensar, y quería ser parte de eso.

¿Cómo puede un libro sobre la pureza sexual masculina hacer esto? Porque aborda de forma directa los pecados sexuales que son las termittas en las paredes y los cimientos de casi todos los matrimonios de hoy. En mis transmisiones radiales telefónicas de *New Life Live!*, fácilmente podríamos hacer un programa de una hora sobre las cadenas de la pornografía todos los días de la semana. Es más, recibimos tantas llamadas de hombres desesperados por liberarse de una vida de pensamientos impuros y acciones sexuales impías, que nuestro filtro tiene que limitar ese tipo de llamadas. Estoy seguro de que incluso *más* hombres llamarían si no se sintieran tan avergonzados.

Por eso puedo afirmar con confianza que el libro que tienes ahora en tus manos tiene el potencial de liberarte del pecado sexual y permitirte amar a tu esposa de una manera que nunca soñaste posible. ¿Por qué? Porque las enseñanzas y los principios que te damos han hecho precisamente eso para millones de lectores en los últimos veinte años. Alrededor de un año después que se publicara por primera vez *La batalla de cada hombre*, ya era un fenómeno. Se convirtió en el libro más solicitado en las librerías cristianas, con una fila interminable de pastores, líderes del ministerio de hombres y

antiguos lectores que compraban docenas de ejemplares para sus estudios bíblicos, reuniones de grupos de hombres, amigos y familiares.

Por supuesto, el impacto en la vida de los hombres fue inmediato, y el efecto dominó sanó a familias, organizaciones, iglesias y comunidades. Se formó un movimiento de base de grupos de apoyo y grupos de estudio en los sótanos de las iglesias y en las residencias universitarias. Miles de hombres asistieron a los talleres de «La batalla de cada hombre» de *New Life*. En retrospectiva, solo puedo sacudir la cabeza con asombro y gratitud por ser parte de un proyecto que ha cambiado tantas vidas.

Hasta la fecha, Fred y yo hemos escrito y publicado juntos seis libros: *La batalla de cada hombre*, *Every Man's Marriage*, *La batalla de cada hombre joven*, *Prepare a su hijo para la batalla de cada hombre*, *La batalla de cada hombre y su desafío*, y *Corazones restaurados*. La serie completa «La batalla», que también incluye varios libros relacionados para hombres y mujeres, y una serie de cuadernos de trabajo y estudios bíblicos para mejorar la comprensión del lector, ha vendido más de tres millones de ejemplares en todo el mundo, y *La batalla de cada hombre* se ha publicado en veintitrés idiomas.

Así que aquí estamos, veinte años después, celebrando lo que Dios ha hecho y publicando esta edición del vigésimo aniversario. Mientras lees, recuerda que cambiamos los nombres de las personas que aparecen en este libro, y hasta modificamos algunos detalles de sus historias, a fin de proteger sus identidades. Sin embargo, sus historias son reales. Son historias de hombres de todos los ámbitos de la vida: oficinistas y obreros, así como pastores, líderes de adoración, diáconos y ancianos. Todos están atrapados en una trampa terrible, tal como lo estuvimos una vez nosotros.

Te encuentras en una situación difícil. Vives en un mundo inundado de imágenes sensuales disponibles las veinticuatro horas del día en una variedad de medios: prensa, televisión, vídeo, internet y teléfonos inteligentes. Aun así, Dios te ofrece la libertad de la esclavitud del pecado a través de la cruz de Cristo, y creó tus ojos y tu mente con la capacidad de ser preparados y controlados. Solo tenemos que ponernos de pie y caminar debido a su poder por el buen camino. Para lograrlo, necesitamos

un plan de batalla, y tú tendrás uno cuando termines de leer *La batalla de cada hombre*, una estrategia detallada para vivir con integridad sexual.

Fred y yo escribimos desde la perspectiva de los hombres casados, pero las defensas prácticas que te mostramos en este libro también se aplican a los adolescentes, los jóvenes adultos y los divorciados que deben lidiar con el problema de la integridad sexual mientras están solteros. Queremos ayudar a evitar que los hombres solteros de todas las edades sientan lujuria o desarrollen un comportamiento adictivo y, en su lugar, aumentar sus probabilidades de casarse con las mujeres adecuadas.

La batalla de cada hombre te desafiará de muchas maneras. Sin embargo, al enfrentar y superar estos obstáculos, encontrarás una ruta hacia la integridad sexual gratificante.

De Fred Stoeker

Entonces, ¿cómo surgió *La batalla de cada hombre*? La respuesta es sencilla: la inmoralidad sexual me mantuvo cautivo una vez, y después de ser liberado, quise ayudar a otros hombres a liberarse.

Después de enseñar sobre el tema de la pureza sexual masculina en la Escuela Dominical a finales de la década de 1980, un día se me acercó un hombre que me dijo: «Siempre pensaba que, como era hombre, no sería capaz de controlar mis ojos errantes. No sabía que podía ser de otra manera. ¡Ahora soy libre!». Conversaciones como esa emocionaron mi corazón y confirmaron el deseo que Dios me dio de ayudar a otros hombres a salir de este atolladero.

Mientras los hombres me contaban sus historias de pecado sexual, muchos me pidieron que escribiera un libro. Al principio, lo consideré una simple charla de cortesía. Después de todo, cualquier cosa que llevara al papel tenía pocas posibilidades de publicarse. Nunca antes había escrito un libro, no era el presentador de un programa de radio nacional, no tenía un doctorado y no había ido al seminario. Entonces, ¿por qué empecé a escribir un libro? Porque sentí profundamente que si Dios me concedía esa voz en su reino, podría dar a más hombres algunos pasos prácticos hacia la victoria y ser liberados para ayudar a otros.

El siguiente pasaje me inspiró a seguir trabajando en este libro noche tras noche, mes tras mes:

Ten compasión de mí, oh Dios,
conforme a tu gran amor;
conforme a tu inmensa bondad,
borra mis transgresiones.
Lávame de toda mi maldad
y límpiame de mi pecado [...]
Devuélveme la alegría de tu salvación;
que un espíritu obediente me sostenga.
Así enseñaré a los transgresores tus caminos,
y los pecadores se volverán a ti. (Salmo 51:1-2, 12-13)

¿Lo entiendes? El plan de Dios es liberar y limpiar a los pecadores para que puedan enseñar a otros. Dios me ha estado usando de esa manera. Hace cuarenta años, Dios me hizo suyo y me limpió por completo. Hace veinte años, me envió a enseñarles a otros sus caminos a través de la publicación de *La batalla de cada hombre*. Hoy, y con esta edición del vigésimo aniversario, sigue volviendo a los hombres hacia Él. Su plan para ti sigue siendo el mismo que siempre ha sido para sus hijos: purificarte y luego enviarte a una gran aventura para liberar a otros.

Y te necesitamos ahí fuera. Los pornógrafos se han vuelto más viles y depravados en los últimos veinte años. Ahora que crean y difunden descaradamente pornografía para mujeres, han logrado volver adictas a nuestras hermanas e hijas a gran escala por primera vez en la historia, a pesar de que su sexualidad no es tan visual como la de los hombres. Incluso, las autoras y conferenciantes antes fiables han perdido el rumbo en esta guerra relámpago, conmocionadas por la explosión de la depravación. En lugar de adoptar una postura agresiva en contra de la influencia corruptora de la pornografía, algunas han caído presa de los señuelos de la industria. Y, por si fuera poco, la pornografía masculina actual es mucho más perversa y retorcida, lo que provoca un extraordinario deterioro en la capacidad de un hombre para actuar sexualmente en el dormitorio

principal. Por lo tanto, esta edición incluye una séptima parte nueva por completo, a fin de ayudar a explicar cómo la pornografía y la masturbación pueden haber devastado tu sexualidad y degradado tu capacidad de disfrutar una intimidad interpersonal genuina con la otra persona, de corazón a corazón, junto con los pasos que puedes seguir para revertir esa situación.

También actualizamos *La batalla de cada hombre* con algunos de los avances críticos en la ciencia del cerebro realizados en las últimas dos décadas, explicando cómo estos descubrimientos respaldan nuestras posiciones originales y fortalecen tu capacidad para aplicar los pasos prácticos que mostramos, de modo que logres ganar esta batalla de una vez por todas.

¿Estás ansioso por empezar? Bien... ¡yo también! Hoy más que nunca, necesitamos hombres con honor y decencia, con las manos donde deben estar, con los ojos y la mente centrados en Cristo. Si los ojos errantes o los pensamientos sexualmente impuros, o incluso la adicción sexual, son problemas en tu vida, Steve y yo queremos que hagas algo al respecto.

¿No es hora?

Primera parte

Dónde nos encontramos

Nuestras historias

«**E**ntre ustedes ni siquiera debe mencionarse la inmoralidad sexual, ni ninguna clase de impureza» (Efesios 5:3). Si hay un solo versículo bíblico que capta la norma de Dios para la pureza sexual, es este.

Y obliga a formular esta pregunta: *En relación con la norma de Dios, ¿hay siquiera un indicio de impureza sexual en mi vida?*

Para nosotros dos, la respuesta a esa pregunta era sí.

De Steve: Choque

Hace años, en una mañana soleada del sur de California, me subí a mi Mercedes 450SL, blanco con capota negra. El cupé clásico tenía más de diez años, pero seguía siendo el auto de mis sueños. Hacía sólo dos meses que lo tenía, y en esa espectacular mañana, con la capota abierta y el viento soplando en mi cara, me sentía bien con la vida y mi futuro en especial.

Conducía hacia el norte por Malibú de camino a Oxnard por la Ruta Estatal 1, a menudo llamada en español como la Carretera 1. Siempre me ha gustado conducir en estos cuatro carriles de asfalto que bordean la costa dorada y brindan una vista cercana de la cultura playera de Los Ángeles.

Ese día nunca me propuse observar a una chica de forma intencionada, pero la vi a unos doscientos metros más adelante y a la izquierda. Venía trotando hacia mí por la acera costera. Desde mi asiento de cuero forrado de piel de oveja, la vista me pareció excepcional, incluso para los altos estándares de California.

Mis ojos se clavaron en esta rubia que parecía una diosa, con riachuelos de sudor cayendo por su cuerpo bronceado mientras corría a un ritmo decidido. Su atuendo deportivo, si se le podía llamar así en esa época antes de los sujetadores deportivos y la licra, era en realidad un revelador bikini. Cuando se acercó a mi izquierda, dos diminutos triángulos de tela teñida luchaban por contener su amplio pecho.

No puedo decirte cómo era su rostro; nada por encima del escote se me quedó grabado esa mañana. Mis ojos se deleitaron con este banquete de carne reluciente cuando pasó por mi izquierda, y continuaron siguiendo su ágil figura mientras seguía trotando hacia el sur. Solo por instinto lujurioso, como si estuviera hipnotizado por su forma de andar, giré la cabeza más, estirando el cuello para captar cada momento posible con mi cámara de vídeo mental.

Entonces, ¡pum!

Todavía podría estar maravillándome de este notable espécimen de atletismo femenino si mi Mercedes no hubiera chocado contra un Chevy Chevelle que se detuvo por completo en mi carril. Por fortuna, viajaba solo a veinticinco kilómetros por hora en medio del congestionado tráfico, pero el pequeño choque hundió mi parachoques delantero y estropeó el capó. Y el hombre con el que choqué no se dio cuenta del daño considerable que sufrió la parte trasera de su Chevy.

Salí del auto avergonzado, humillado, lleno de culpa e incapaz de ofrecer una explicación satisfactoria. De ninguna manera le diría a este hombre: «Bueno, si hubieras visto lo que yo vi, lo entenderías».

Lo lamentable es que yo era el que no entendía por completo lo que hice ni lo que sucedía dentro de mí. Continué en esa oscuridad durante bastante tiempo antes de darme cuenta de que necesitaba hacer cambios drásticos en la forma en que miraba a las mujeres y en la forma en que me relacionaba con Dios.

De Fred: Muro de separación

Sucedía cada domingo por la mañana durante el servicio de adoración de nuestra iglesia. Miraba a mi alrededor y veía a otros hombres con los ojos cerrados, adorando de manera libre e intensa al

Dios del universo. ¿Y en cuanto a mí? Solo percibía un muro de separación entre el Señor y yo.

De alguna manera, no estaba bien con Dios. Como nuevo cristiano, me imaginé que aún no conocía a Dios lo suficiente bien y que crecería en esa conexión. Sin embargo, con el paso del tiempo, nada cambió. Cuando le mencioné a mi esposa, Brenda, que me sentía un tanto indigno de Él, no se sorprendió en lo más mínimo.

«¡Pues claro que no!», exclamó ella. «Nunca te has sentido digno de tu propio padre. Todos los predicadores que he conocido dicen que la relación de un hombre con su padre terrenal influye enormemente en su relación con su Padre celestial».

«Puede que tengas razón», admití.

Esperaba que fuera así de sencillo. Lo medité mientras recordaba mis días de juventud.

Mi padre, apuesto y duro, había sido campeón nacional de lucha libre en la universidad y un obstinado en los negocios. Deseoso de ser como él, me apunté al equipo de lucha libre de mi instituto. Sin embargo, los mejores luchadores son asesinos natos, y pronto descubrí que yo no tenía corazón de luchador.

Por aquel entonces, mi padre era entrenador de lucha libre de forma interina en un pequeño instituto de Alburnett, Iowa. Aunque todavía estaba en la escuela secundaria, quería que luchara con los mayores, así que me llevó a los entrenamientos del instituto.

Una tarde, estábamos practicando escapes, y mi compañero estaba en la posición de abajo. Mientras luchaba contra la lona, de repente necesitó sonarse la nariz. Se enderezó, se llevó la camiseta a la nariz y vació con violencia su contenido en la parte delantera de su camiseta. De inmediato, volvimos a la lucha libre. Como el hombre de arriba, se suponía que debía mantener un fuerte control sobre él. Alcanzando su vientre, mi mano se deslizó dentro de su camiseta viscosa. Asqueado, lo solté.

Papá, al ver que se escapaba con tanta facilidad, me armó una bronca. «¿Qué clase de hombre eres tú?», rugió, y luego me gritó una y otra vez por lo que pareció una eternidad. Mirando con fijeza a la lona durante este ataque, me di cuenta de que si tuviera el corazón de un luchador, habría bajado con fuerza y montado a mi oponente a pesar de los

mocos que tenía en las manos, tal vez aplastando su cara contra la lona en represalia. En cambio, no fue así, y después de otros dos años vacíos y sin alegría en el tatami, colgué por fin mi camiseta para siempre.

Por supuesto, seguía queriendo demostrarle a papá lo que valía, así que probé otros deportes, destacando en el fútbol americano y el béisbol. Sin embargo, mi padre nunca me perdonó que dejara la lucha libre, y no pude demostrarle mi valía como hombre sin importar lo bien que jugara en el campo de fútbol o de béisbol. Y nunca me dejó olvidarlo.

Era implacable con sus insultos. Después de poncharme en un juego de béisbol, agaché la cabeza en el camino de regreso al banquillo. «¡Levanta la cabeza!», me gritó para que todos escucharan. Me sentí mortificado. En el auto de regreso a casa, me dio un golpe tan fuerte que vomité dentro de mi gorra de béisbol. Una vez que me dejó en casa y regresó a la suya, al otro lado de la ciudad (entonces estaba divorciado de mi madre), me escribió una larga carta en la que detallaba todos los errores que cometí ese día y la echó al correo esa misma noche.

¿Y sabes qué? Nunca estuve a la altura como hombre, al menos no en su mente. Años más tarde, después de casarme con Brenda, mi padre sintió que ella tenía demasiada influencia en nuestro matrimonio. «Los hombres de verdad se hacen cargo de sus hogares», dijo.

El monstruo

Así que ahora, mientras Brenda y yo hablábamos de mi relación con mi padre, ella sugirió que podría necesitar asesoramiento. «De seguro que no hará daño», dijo.

Así que leí algunos libros y consulté con mi pastor, y mis sentimientos hacia papá mejoraron. Sin embargo, seguía sintiendo ese distanciamiento de Dios durante los servicios de adoración del domingo por la mañana, lo que revelaba que la corazonada de Brenda era errónea. Después de todo, mi mala relación con mi padre no era el principal culpable.

La verdadera razón de ese distanciamiento se me fue ocurriendo poco a poco: había un atisbo de inmoralidad sexual en mi vida. Es

más, había un monstruo al acecho, y aparecía todos los domingos por la mañana cuando me acomodaba en mi cómodo sillón y abría el periódico. Encontraba enseguida los encartes de los grandes almacenes y comenzaba a hojear el periódico de colores lleno de modelos posando en sujetadores y bragas. Siempre sonriendo. Siempre disponibles. Me encantaba detenerme en cada uno de los anuncios. Me decía: *Está mal, ¡pero es algo tan insignificante! Además, está muy lejos de ser Playboy, ¿verdad? ¿Y no he renunciado ya a eso?*

Así que todos los sábados, miraba a través de las bragas, fantaseando. Inevitablemente, me masturbaba mientras estaba en el sofá. De vez en cuando, una modelo me recordaba a una chica que una vez conocí, y mi mente reavivaba los recuerdos de nuestros tiempos juntos. Disfrutaba bastante de mis mañanas de domingo con el periódico.

Al examinarme más de cerca, descubrí que tenía más de un indicio de inmoralidad sexual. Incluso mi sentido del humor lo reflejaba. A veces, la frase inocente de una persona, incluso de nuestro pastor, me daba un doble significado sexual. Me reía, pero me sentía incómodo.

¿Por qué estos dobles sentidos vienen a mi mente con tanta facilidad? ¿Debería una mente cristiana crearlos con tanta agilidad? Recordé que la Biblia dice que tales cosas ni siquiera deben mencionarse entre los santos. *Soy peor*, pensé. *¡Hasta me río de ellos!*

¿Y mis ojos? Eran voraces buscadores de calor que escudriñaban el horizonte, fijándose en cualquier objetivo con calor sensual: madres jóvenes en pantalones cortos que se inclinaban para sacar a los niños de los asientos del automóvil, solistas de la iglesia con camisas de seda, chicas universitarias con escotados vestidos de verano.

También mi mente corría por donde quería. Esto había comenzado en mi infancia, cuando encontré revistas de *Playboy* debajo de la cama de papá. También estaba suscrito a *Sex to Sixty*, una publicación llena de chistes y tiras cómicas con temas sexuales. Cuando papá se divorció de mamá y se mudó a su apartamento de soltero, colgó un gigantesco desnudo de terciopelo en su sala, con vistas a nosotros mientras jugábamos a las cartas en mis visitas de los domingos por la tarde.

Papá me dio una lista de tareas en su casa cuando estuve allí. Una vez, me encontré con una foto de su amante desnuda. En otra

ocasión, encontré un vibrador de veinte centímetros, que obviamente usaba en sus perversos juegos sexuales con su nueva compañera de juegos.

La esperanza de los desesperanzados

Todo este material sexual se agitó en lo más profundo de mi ser, destruyendo una pureza que no volvería en muchos años. Al instalarme en la universidad de Stanford, pronto me encontré ahogado en la pornografía. Es más, memorizaba las fechas en las que mis revistas favoritas de pornografía blanda llegaban a la farmacia local para que, en esos días previos a la internet, pudiera tener en mis manos las nuevas imágenes lo antes posible cada mes. En especial, me encantaba la sección «Girls Next Door» [Las chicas de al lado] de la revista *Gallery*, que mostraba fotos de chicas desnudas tomadas por sus novios y enviadas a la revista.

Lejos de casa, en Iowa, y sin ningún fundamento cristiano, descendí a pequeños pasos a un pozo sexual. La primera vez que tuve relaciones sexuales, *supe* que sería con una chica con la que me casaría. La próxima vez, fue con una chica con la que pensé que me casaría. La vez siguiente, fue con una buena amiga que podría aprender a amar. Luego fue con una chica que apenas conocía y que solo quería ver cómo era el sexo antes de graduarse de Stanford. Al final, tuve sexo con cualquier chica en cualquier momento.

Después de varios años en California, me encontré con cuatro novias «fijas» al mismo tiempo. Me acostaba con tres de ellas y, en esencia, estaba comprometido para casarme con dos de ellas. Ninguna conocía a las demás.

¿Por qué cuento todo esto?

En primer lugar, para que sepas que entiendo lo que es estar atrapado sexualmente en un pozo profundo. En segundo lugar, porque quiero darte esperanza. Como pronto verás, Dios trabajó conmigo y me sacó de ese pozo.

Si hay incluso un indicio de inmoralidad sexual en tu vida, Él obrará en ti también.